

UNIVERSO ARRKHOMÉNICO

Crónicas de Ornella



Por:

Miguel Alpire Gonzáles

Título Original:
UNIVERSO ARRKHOMÉNICO
Crónicas de Ornella – Falhássya
“El Principio del Fin”

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-84-16799-63-3

ISBN e-book: 978-16-29345-33-8

Editado por Punto Rojo Libros, S.L.

Diseño y maquetación: Miguel Alpire G.

Ilustraciones Interiores: Dyland’Art

Orense-España

LIBRO UNO





ÍNDICE

Dedicatoria	:	05
Agradecimiento	:	06
Resumen	:	07
Cantiga de la vida y de la Muerte	:	10
Prólogo	:	12
Capítulo 1 —Dekhalyón	:	36
Elegía de los Caminantes	:	37
El Ángel Verde	:	39
Capítulo 02 —Falhássya		
“El Principio del Fin”	:	67
Cantiga de los Desventurados	:	68
Los <i>Maldhóres</i>	:	70
El Pharmál	:	115
Ihll’ Dhya Jhapp	:	148
Capítulo 03 —Nulhán	:	186
El Cantar de Cantares	:	187
Los <i>Belkhaz</i>	:	189
Canción del Jinete Muerto	:	225
Los <i>Tat’Zemíttas</i>	:	226
Velhafall’Zavjin	:	269
Trol’Nhylhá	:	286
La Acrópolis	:	316
Glosario	:	331



Dedicatoria

Dedicado a mí gran migo y mentor, Fidel Leños Salvatierra, cuya dedicación a las letras me condujo a asomar los ojos a los mundos *arrkhoménicos*, y me enseñó a no desistir jamás en la búsqueda de aquello que es luz en la luz y es tiniebla en las tinieblas.

Agradecimientos

Deseo agradecer a todos aquellos que me brindaron su apoyo en la realización de este sueño, en especial a mi familia, los amigos y los contactos que me siguen en las redes sociales, que no por obviar sus nombres son menos importantes; decirles que todos ustedes de alguna manera han contribuido a enriquecer a los personajes que intervienen en la saga.

Especial agradecimiento, a los escritores, poetas, artistas plásticos y amigos: Francisco Narla, Miguel Rubio Artíaga, José Huete García, Magda Jardi, William Lane Craig, T. José A. Hervas, Saul Rodríguez, Manuel Galindo, Alexander Zurita, María José Pepa Pacheco, Javier Bilbao, Adela Cruz M., Magdalena Torga, Andrea Mercado. Delfina Mendez, Julio Cesar tardío, Yaquelin Soris M., José M.Villar A., y demás amigos de este fantástico mundo del arte y las letras, quienes, supieron darme ánimo, pautas y consejos a seguir, para alcanzar tan preciado objetivo.

Mi agradecimiento póstumo a Arthur Rimbaud, José Ángel Buesa, Federico García Lorca, y Pablo Neruda, cuyos poemas inspiraron mis letras y mis cantigas.

Un especial agradecimiento a mí gran amigo y representante Ángel Falivena Vidal que sin su incondicional apoyo, no sería posible la solidificación de este sueño, a Ediciones Punto Rojo Libro y su brillante equipo, quienes pusieron todos sus conocimientos y su fe para adecuar la obra al alcance de todos ustedes.

Apreciados lectores, a todos ustedes... Mil Gracias.

Resumen

¿Qué nuevas nos trae “Falhássya”?

El presente libro, nos trae la primera parte de las “Crónicas de Ornella”, el cual, nos permitirá adentrarnos a los fantásticos reinos de los antiguos mundos *arrkhoménicos*, en los precisos momentos en que se daba comienzo:

“El Principio del Fin”.

Ornella, la gran Cronista del universo, nos conducirá a presenciar los extraordinarios sucesos que desencadenaron una serie de acontecimientos que condujeron a los seres cósmicos, al borde mismo de la extinción.

Junto a ella, presenciaremos, momentos cruciales para la supervivencia de la vida misma que se dio lugar en un remoto mundo, un mundo llamado **FALHÁSSYA**.

*He aquí un breve resumen de la saga **DEKHALYÓN** que iré desgranando en cada entrega.*

Según las “Crónicas de Ornella”, desde que únicamente las “fuerzas” primigenias vagaban libres y solitarias por los mares del infinito, desde que, la inmensidad perdurable fecundase los primeros albores de la vida misma, las sagradas doctrinas, fueron los pilares en donde los inmemoriales *zarjhúnos*, sostuvieron el equilibrio de la existencialidad en todo el universo.

Arraigados preceptos que entre los mismos Dioses Fundadores de los mundos celestes, fueron motivos de duras controversias, de sangrientas desavenencias; cruentas guerras que los condujeron a la división del pensamiento, a la división de los territorios galácticos, y por ende: a la deflagración misma del cosmos.

Ornella, una cronista mortal entre los inmortales, nos conducirá a través de sus escritos, a mirarnos en el espejo de las divinidades; a padecer sus penurias, siempre, bajo el peso de las férreas medidas de sus ancestros; endogámicos preceptos dirigidos a hacer prevalecer sus supremacías sobre todas las demás criaturas del universo.

Las “Crónicas de Ornella”, también nos conducirán hacia otros remotos mundos, hacia el Gran Nexo, un bastión de estrellas muertas, en donde eones atrás, en otras cruentas batallas, los *t’harxýz*, antiguos Soberanos de los reinos celestes, obligaron a morar a aquellos que “quebrantaron” el Orden Establecido; sus propios hermanos, los *t’harxýz’thyroghs*.

Así pues, Ornella nos remontará a una era llena de caos y desasosiegos, caminaremos entre disidentes y descontentos, ensombrecidos todos ellos por la presencia de abominables *inmonizados* venidos también de los confines a refractar la paz de los mundos.

Seremos testigos de sus férreas luchas por preservar el Conocimiento, sin el cual, la vida tal y como la conocemos no sería posible, sin el cual, no sería posible la concepción misma del amor y la libertad; por cuya causa llevarán sus conflictos a tal extremo que propiciarán las más terribles de las guerras cósmicas, jamás presenciada, cuyas llamas consternaron el universo.

Acompañaremos a un grupo de sobrevivientes de la devastadora fuerza xiónica, en sus vagares errantes por el espacio infinito; viviremos junto a ellos la última gran batalla por sus supervivencias antes de alcanzar un remoto y misterioso planeta perdido en los confines..., un mundo llamado:

DEKHALYÓN.

*Del sol cae un racimo en tu vestido oscuro, de la noche las
grandes raíces crecen de súbito desde tú alma, y a lo exterior
regresan las cosas en ti ocultas, de modo que un pueblo pálido y
azul de ti recién nacido se alimenta...*

Pablo Neruda

Extraído de poema 2 de “20 poemas de amor y una canción
desesperada”.

Cantiga de la Vida y de la Muerte

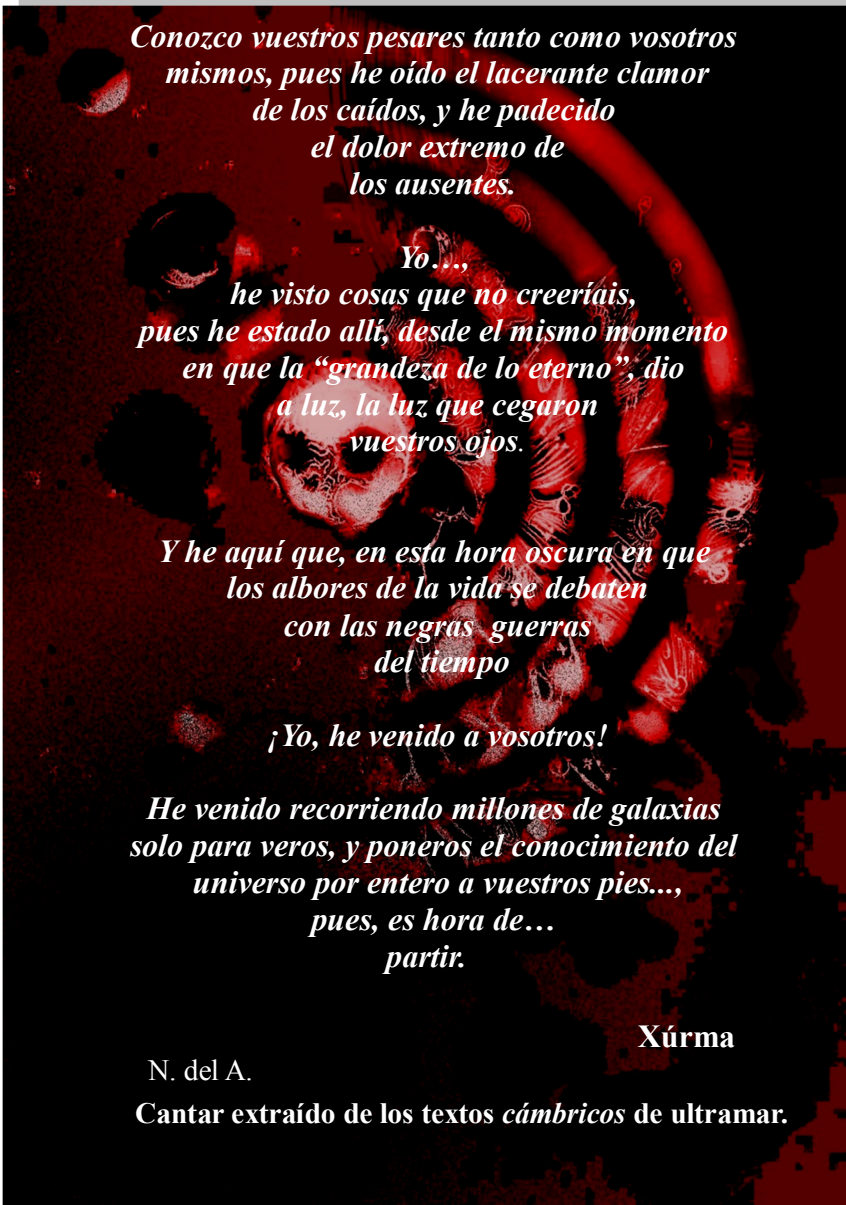
*Yo...,
he visto cosas que no creeríais...,
perennes flamas de oscuridad, extendiéndose
desde las negras puertas de Abbyzzcya
hasta los brillantes umbrales
de Zhumvhéll.*

*Yo...,
he visto mundos devorados por
las terrible fauces de los insondables
abismos de O'Drýnn, he visto a ancestrales
zarjhúnos cayendo, en los fútiles abrazos
de la iniquidez y del olvido.*

*Yo...,
he probado el sabor de la desesperanza,
el fruto insano de los ensalzados.*

*Yo...,
he visto cosas que no creeríais,
el castigo cruel de los conjurados, el
largo tormento de los Sempiternos encadenados
a los desolados confines de los mares del cosmos.*

*Yo...,
he oído los gritos de los inmoniadados,
el quedo llanto de los guerreros del tiempo,
el apagado suspiro de los llamados a
combatir en la eterna batalla
del ser, y no ser.*



*Conozco vuestros pesares tanto como vosotros
mismos, pues he oído el lacerante clamor
de los caídos, y he padecido
el dolor extremo de
los ausentes.*

*Yo...,
he visto cosas que no creeríais,
pues he estado allí, desde el mismo momento
en que la “grandeza de lo eterno”, dio
a luz, la luz que cegaron
vuestros ojos.*

*Y he aquí que, en esta hora oscura en que
los albores de la vida se debaten
con las negras guerras
del tiempo*

¡Yo, he venido a vosotros!

*He venido recorriendo millones de galaxias
solo para veros, y poner os el conocimiento del
universo por entero a vuestros pies...,
pues, es hora de...
partir.*

Xúrma

N. del A.

Cantar extraído de los textos cámbricos de ultramar.



PRÓLOGO

Bajo las sombras de hirsutas arboledas y de lóbregos ramajes, un hermoso lagomorfo extendió sus afiladas zarpas y escarbó entre las cenizas de los cascajares.

Aunque era un diminuto animal, era fuerte y ágil, manejaba con certera precisión sus pequeñas y bien proporcionadas zarpas; horadaba aquí y allá afanosamente la magra superficie en busca de supreciado alimento: brotes y raíces que se iban abriendo paso desde las profundidades hacia el mundo exterior, un mundo calcinado y yerto.

De tanto en tanto, sonoros estruendos se dejaban oír en el ámbito, en cuyo fragor y sin dejar de roer su alimento, el asustadizo lagomorfo se alzaba inquieto sobre sus gruesas patas de largos tarsos retráctiles, y atisbaba atento y receloso su entorno; atisbaba las encendidas lejanías, en el intento de discernir cuantos peligros podría albergar aquel perturbador contexto.

Nubloso contexto, según podía apreciar, poblado de cráteres crepitantes, cuyos gases sulfurosos y cenizas, indolentemente rebatía el viento.

La brisa esparcía sórdidos sonidos en derredor, y aún en la nebulosa contención del ámbito, sus grandes ojos perlados podían vislumbrar avasallantes presencias solapadas en la bruma; furtivas formas informes que se movían con sigilo y acechanzas en las sombras.

Pero al parecer, nada de todo aquello era extraño o irrelevante para sus sentidos, todo aquel esquema discordante no hacía más que revelarle, que tras largos y aletargados ciclos de sueños inducidos, la naturaleza iba despertando, abriéndose paso

nuevamente hacia la vida, hacia un mundo nuevo; un mundo que aunque devastado y yerto, aún estaba allí, presto para recibir a sus antiguos y nuevos habitantes por igual.

Un alarmante rugido resonó en alguna parte del profuso bosque desolado, advirtiendo quizás la inminente presencia de un predador voraz por aquellos parajes, y casi de inmediato, una gran conmoción se formó allí en respuestas; un tropel de formas irrumpió de la bruma y haciendo eco de la alarmante voz, comenzaron a resollar llenos de espanto.

Y pronto, el páramo por entero era un resonar de millares de ecos discordantes, alejándose en desbandadas.

No obstante, nada de todo aquello conseguía inmutar al pequeño lagomorfo, éste, se hallaba demasiado urgido, ávido de su alimento, ávido del aire que aunque aún le sabía extraño respiraba con avidez; ávido de la luz que despedían los astros lejanos, astros inertes suspendidos en la inmensidad del espacio estelar que se abría inconmensurablemente plúmbeo y gris sobre su cabeza.

Los grandes ojos del lagomorfo vidriaron en la penumbra al oír el avasallante fragor del mundo, cataclísmico sonar cual rugido apabullante. No obstante, en lo más recóndito de su ser, comprendía que todo cuanto estaba sucediendo, se debía únicamente a que el mundo se estaba recomponiendo; la gran maquinaria de la vida se estaba preparando para el gran resurgimiento.

—¡Sí! —Se dijo así mismo exaltado, exhalando el aire, al ver emerger de los abismos, otras formas de vida.

Era evidente que, todo aquel convulsionado contexto poblado de incoherentes formas, venía a ser parte de la regeneración que estaba sufriendo el orbe. ¡Sí!, todo era parte del gran despertar, a

excepción quizás, de aquella extraña presencia que se deslizaba en el aire.

Se detuvo en seco, sus afilados incisivos dejaron de roer su alimento, de súbito, los sonidos se habían acallado y todo se hallaba sumido en el más absoluto silencio. ¿Qué estaba sucediendo? Sus blancos pelajes se crisparon al aire, y sus vibrisas sensoriales se tensaron expectantes en busca de respuestas.

Demasiado tiempo llevaba rehuendo la presencia del peligro sin que llegase al menos a conocer su aspecto; necesitaba saber a qué o a quienes se había confrontado el mundo, necesitaba saber qué o quienes le habían condenado a vivir en las sombras. Y llevado quizás por aquella innata curiosidad que caracterizaba su naturaleza, se mantuvo allí de pie, estoico y firme; oyendo tan solo sus acelerados latidos.

Intrigado, el inquieto lagomorfo enervó su pequeño portento, batió sus largos hélices y agudizó sus sentidos.

Y de nuevo sus vibrisas sensoriales percibieron que algo más se arrastraba en la brisa, y al volverse lo vio, vio aquello que se agitaba y se removía por encima del yermo; brumosa figura que por momentos parecía dilatarse y contraerse en el aire de un modo que perturbaba sus sentidos.

De improviso, la brumosa figura, acabó diluyéndose ante sus atónitos ojos en la densidad del aire, pero casi al instante, cual frío oleajes de viento, otras presencias semejantes comenzaron a emerger de las oscuras oquedades de su entorno; traslucidas formas cósmicas que comenzaron a arremolinarse en volutas rebatiendo las hirsutas arboledas.

Estaba petrificado, sus grandes ojos cargados de fuego no salían de su asombro, contemplando con pavor las innumerables formas fluorescentes que ahora reverberaban como ejércitos fantasmales sobre los campos devastados; emergían produciendo

sórdidos chillidos que consternaban el ámbito, y en un arrebatado movimiento se perdían en lo alto.

Tras lo cual, de nuevo se produjo un insólito silencio.

Pero fue entonces cuando se sintió descubierto, cabía pensar que, si esas indescriptibles formas dominaban el aire, podrían volver a reaparecer y caer sobre él en cualquier instante. Con aquel oscuro pensamiento aleteando en su mente, rápidamente removió sus zarpas en la yerta, y al instante, ya no estaba allí.

La liebre macho de largos tarsos retráctiles, ahora corría agitado sorteando rutas subterráneas que sólo él conocía. Y se vio así mismo deslizándose con una rapidez inusitada por los túneles de su madriguera; intrincado laberinto conformado por redes de pequeños túneles que conducían hacia oscuros escondrijos situados bajos las cortezas terrestres.

Avanzaba, guiado únicamente por el instinto, aquel instinto de sobrevivencia que durante todos aquellos largos ciclos de obligada hibernación y enclaustramiento, había contribuido en gran medida a que se mantuviese aún con vida. Pero, ahora ese mismo instinto, por alguna razón que no comprendía, le instaba a desistir de su huida, a detener su alocada y frenética carrera, y regresar.

Se detuvo, resolló, y dando media vuelta regresó tras sus pasos.

Extrañamente, ahora más que nunca, se hallaba urgido por la inherente necesidad de confrontar sus temores; demasiado tiempo llevaba escondido en las sombras, se recordó otra vez así mismo, y ahora que había visto el exterior, ardía en deseos por volver a sentir la luz de los astros, a experimentar a cualquier precio todo cuanto se hallaba expuesto a su calor, así tuviese que desafiar su propio destino de ser preciso.

Y sin embargo, allí estaba otra vez debatiéndose consigo mismo, observando con vacilación desde atrás de los improvisados bastidores de su escondrijo, sin atreverse a salir al exterior.

Desde los últimos acontecimientos catastróficos acaecidos ciclos atrás sobre el orbe, nadie sabía mejor que él que el mundo ya no era el mismo; lo había advertido así desde el mismo momento de su despertar, desde cuando sus congéneres, aquellos quienes se atrevieron a aventurarse a abandonar la madriguera, jamás retornaron.

Por aquellos aciagos días, aun cuando la avidez del alimento le fue apremiante, su mente, le había ofrecido suficiente atisbo de lucidez como para darse cuenta de que algo terrible ocurría más allá de los linderos, lucidez para temer, y obligarse así mismo a quedarse rezagado y esperar; aguardar el regreso de quienes habían partido. Pero luego, a raíz de sus largas ausencias, fue capaz de plantearse ciertas interrogantes.

¿Por qué razón no regresaban? ¿Qué los entretenía ahí arriba?, fue su primera inquietud por entonces a las puertas de su madriguera. ¿Qué los entretenía, por qué no regresaban?, se había vuelto a preguntar mucho después, sin atreverse aún siquiera a asomar su figura al exterior. ¿Qué habían encontrado en la superficie?

Y mientras volvía a inducirse al apacible mundo de la hibernación, soñaba con el mundo reverberante de verdor de otros tiempos, divagando en las muchas posibles respuestas.

—¡El mundo se ha repuesto de su agonía! —se había respondido así mismo con gran entusiasmo un día al despertar—. ¡Es propicio habitar de nuevo en él! —pero era entonces cuando los crudos recuerdos del gran caos y las devastadoras llamas que asolaron el orbe venían a poblar su mente—. ¡No, no, de seguro el mundo se ha vuelto mucho más hostil de lo que antes fuera!

Los grandes temblores sísmicos que por entonces se suscitaban sobre el orbe, repercutían también allí abajo de un modo que había venido a reforzar su última apreciación. Por tales

razones, se había mantenido mucho tiempo rehuendo al peligro, reprimiendo día tras día el acuciante deseo de emerger al exterior.

No obstante, de aquellas mismas circunstancias, la liebre de largos tarsos retráctiles, había aprendido que su sobrevivencia dependía de su propia perspicacia, de la desarrollada percepción de sus sentidos; había aprendido que su vida por entera dependía de la agudeza del instinto que caracterizaba a su linaje.

En el pasado, previo a la gran devastación, fueron sus ojos los primeros en vislumbrar la presencia de aquella extraña conmoción que se aproximaba rauda, por el espacio estelar hacia todos ellos.

Por entonces, fue la perspicacia y el instinto de sobrevivencia lo que les indujo a ponerse a salvo ante la inminente amenaza; a buscar un escondrijo en las entrañas mismas del mundo y aguardar, aguardar el paso de la gran “fuerza” del cosmos, cuya terrible aparición barrió toda forma de vida conocida sobre la faz del orbe.

Y en esos momentos, era de nuevo su instinto el que le obligaba a mantenerse agazapado en su escondrijo, atisbando el exterior a las puertas de su madriguera sin siquiera atreverse a respirar, preguntándose una vez más. ¿Qué estaba ocurriendo ahí afuera?

Sus blancos pelajes se enervaron en respuestas, y sus vivaces ojos vidriaron lívidos cuando alcanzaron a distinguir una extraña forma traslucida proyectada en el interior de la bruma.

Contuvo el aliento cuando, lentamente le vio desprenderse de ella, aquella extraña entidad al parecer, poseía la capacidad de dominar el viento. Con gran pavor le vio cruzar delante de la entrada de la madriguera, y aunque armoniosos eran sus movimientos, era perturbador contemplar su traslucida faz deslizándose entre los ruinosos pináculos que emergían de entre las rocas; en cuya cima, por largos momentos se mantuvo suspendido.

Estaba estupefacto, la extraña entidad carecía de materia y sin embargo estaba allí, perfilándose atrozmente contra el cielo índigo

de la tarde; no conocía su naturaleza, jamás sus ojos habían contemplado algo semejante, tan solo sabía que le era profundamente aterrador el hecho de que pudiese ser capaz de dominar el viento.

Al parecer, aquella sola condición era más que suficiente para inquietarle sobremanera, le era tan pavoroso –como todo cuanto pudiese moverse sobre su cabeza–, pues traía a su memoria remembranzas de otros tiempos, en cuyos atisbos, realzaba la imagen de terribles predadores alados que solían acosar sus existencias desde el aire.

Pero ahora que le apreciaba mejor, que advertía que su presencia era ilusoria, más que atemorizarle despertaba en él su curiosidad innata; estaba deslumbrado ante la fastuosidad que presentaba aquella extraña aparición, hipnotizados sus ojos ante los danzantes movimientos que aquel esperpento dibujaba en su trayectoria.

Desconcertado, por largos momentos se mantuvo así, observándole con detención, intentando comprender su aspecto y determinar su origen; pero aquella presencia poseía una forma imprecisa, que le era imposible discernir de qué se trataba.

Respiró aliviado cuando le vio alejarse en dirección de los ruinosos mesenterios que se avistaban sobre escarpados montículos, y al avanzar iba despidiendo jirones de brumas por encima de los reductos de edificaciones que, según podía recordar, una vez albergaron gigantescas criaturas.

¿Qué habría sido de todos ellos?, se preguntó al evocarlos, observando las ruinosas edificaciones. Todo se hallaba devastado, pero sus rastros estaban allí, eran aquellos enrevesados cubículos que se alzaban solitarios y tristes a la luz feneciente del día; majestuosas madrigueras que ahora lucían correosas y desiertas en el nebuloso contexto del desdibujado paisaje.

¿Quién era el nuevo habitante?

El mundo crepitaba y por doquier se removía la superficie produciendo sonoros estertores, pero toda su atención se hallaba embargada por aquella enigmática presencia del aire. ¿Quién era?... Consternado, le vio descender lentamente, situarse sobre la magra superficie y caminar. Entonces lo supo...

—*¡Un erguido!* —exclamó horrorizado.

Con gran estupor le vio avanzar trémulo entre las ruinas, el *erguido* ahora lucía mucho más majestuoso al caminar, cual guerrero triunfal atravesando los recintos de un palacio, erguida figura del *hombre* que creía haber olvidado.

Con gran desazón le vio atravesar el ruinoso salón y situarse con donaire sobre lo que parecía ser un descarnado sitio; un trono velado por un dosel de verdes hojas.

—*¡Verdes hojas!* —volvió a exclamar el pequeño lagomorfo esta vez emocionado, y movido por tan extraordinaria visión, rápidamente buscó la salida.

Y a medida que se aproximaba hacia el exterior de su escondrijo, observaba con agitada emoción cómo una gigantesca forma se iba dibujando en el nubloso contexto. Un nombre comenzó a resonar en su interior al verle, y mil recuerdos de verdor reverberante se agolparon otra vez en su mente.

—*¡Endhól!*

Pero al aproximarse al final del largo túnel que conducía hacia la salida, sus pasos de nuevo vacilaron, y replegándose con prudencia en las sombras, se dispuso nuevamente a otear con cautela su entorno; el fuego de sus grandes ojos volvieron a avivarse cuando nuevamente avistaron la nebulosa presencia que dominaba el panorámico paisaje exterior.

—*¡No puede ser posible!* —volvió a exclamar para sus adentros mudo de asombro—. *¡Un padre de la naturaleza con vida!*

El pequeño lagomorfo, no podía dar crédito a lo que veían sus ojos, allí, ante él se iba alzando una brumosa figura descomunal, cual fuerza ctónica emergiendo de las profundidades mismas del mundo.

—Un *endhól* con vida. Pero... ¿Cómo es posible? —se preguntó desconcertado e infinitamente maravillado—. *¡Un endhól ha sobrevivido... ha sobrevivido!* —se repetía al tiempo que sus grandes ojos adquirían nuevos bríos, y por un instante un deje de felicidad pareció dibujarse en su semblante.

Pero, al contemplar los retorcidos tallos, los hirsutos ramajes de la grotesca figura del *endhól*, calló, y toda su fe se vino abajo cuando terribles remembranzas vinieron a poblar su mente; oleajes de imágenes de devastación, de dantescas llamaradas asolando la superficie del mundo, las cuales, hicieron estremecer su pequeño portento.

Tras lo cual, una gran tristeza invadió todo su ser.

No obstante, por muy desgarrador y doloroso que le era recordar todo aquello, un “dador de vida”, una entidad prodigiosa de otras eras, al parecer, había conseguido sobrevivir a tanta iniquidad...

¡Sí, sí, había sobrevivido a las llamas!, y con él toda esperanza de vida, pues aunque atribulado, en algún recóndito lugar de su mente, así lo concebía.

Sí, un *endhól* estaba allí, contraído hasta la saciedad pero aún con vida, perfilándose trémulo contra las lejanas montañas que se dibujaban encendidas en el crepúsculo de la tarde, y aunque ya no lucía magnifico como en otros tiempos, se alzaba grotesco e imponente, tal como lo recordaba; todo él proyectando vida en medio del yerto páramo que le rodeaba.

¿Cómo era posible?!

El pequeño lagomorfo, no salía de su asombro, y no podía evitar observar con ojos evocadores la ondulada forma del *endhól*, cuya insólita presencia proyectaba dantescas sombras por encima del mesenterio, en cuyo trono ruinoso ahora se hallaba situado la perturbadora presencia del ser *ululante*; melancólico esperpento evocando quizás también, la majestuosidad de su antiguo reino.

Sin embargo, casi al instante, lejos estaba ya de prestar atención a la abúlica presencia del espectro, toda su atención ahora se encontraba embargada por la avasalladora presencia del “dador de vida” o lo que quedaba de él.

Estaba estupefacto, siguiendo con la mirada las formas que dibujaban las enormes raíces del *endhól*, las cuales, extrañamente, se hallaban distribuidas entre aquel reducto; era como si aquella entidad intentase recrear con sus propias raíces la magnificencia que una vez gozaron esas ruinosas edificaciones. ¡Las antiguas moradas de los *erguidos*!

¿Cómo era eso posible?!

Y ante todo aquello, se sentía profundamente sobrecogido, diminuto ante aquel imponente portento, intimidado ante su grandeza y esplendor; profundamente intrigado de sus actos, de aquello que ahora se revelaba ante sus ojos.

Y es que, desde el lugar en donde se encontraba, podía avistar otro reducto situado entre sus extremidades y sus follajes; éstas, eran edificaciones que al parecer, había conseguido proteger de la gran devastación que asoló al mundo.

El *endhól* al parecer, los había protegido con su abrazo, con su propio portento, lo cual le intrigaba aún más, y originaba en él un sin fin de interrogantes:

¿Pero qué razones pudieron conducir al *endhól* a realizar tal acto? ¿Por qué a favor de aquellos terribles seres?

¿Qué razones le llevaron a intentar proteger sus moradas?, se preguntaba sin dejar de observarle con reverencia, al tiempo que advertía con infinito asombro, cómo sus gruesos tallos y sus múltiples ramajes, habían llegado a conformar verdaderas plataformas y graderías, con las que había conseguido sostener incólumes las edificaciones que albergaba en su interior.

—¿Pero que pretendió con todo ello? —rumió desconcertado y estupefacto para sus adentros—. ¡Qué!

Por largos momentos se mantuvo así, cavilante, absorto en sus pensamientos, absorto en la contemplación de aquel vetusto espécimen, intentando comprender su proceder en los caóticos momentos en que se sucedieron los catastróficos acontecimientos que devastaron el mundo.

Y aquellas furtivas remembranzas que cruzaban por su mente, le conducían irremisiblemente a revivir las angustiosas emociones vividas durante los terribles hechos acaecidos; a percibir aquello que proyectaba el *endhól* mientras sostenía aquella postura orante, casi suplicante dirigida hacia el firmamento, hacia allí, hacia donde provino la arrolladora “fuerza” que devastó su mundo.

Un rictus de dolor..., mucho dolor, es lo que proyectaba en su rugoso semblante, estaba allí, alzadas las manos en un vano intento quizás por refrenar lo inevitable, por refrenar el mortal castigo que sobrevino del espacio estelar; del cubil del nefasto regentor de llamas redentoras.

Era como si aquel portento de vida, en un arrebatado intento por protegerles, hubiese expandido su propio organismo por todas aquellas estructuras hasta fundirse en ellas.

—¿Es que acaso intentaba desafiar al universo?! —exclamó contraído por la ira al verle.

Todo lo cual, le condujo a recordar que una vez en el “refugio”, se había corrido un rumor respecto a extraños hechos

acaecidos previo a aquellos fatídicos días que conmocionaron la vida sobre el orbe.

Aquellos quienes alcanzaron a presenciar los últimos acontecimientos, vinieron a decir conmocionados, que extrañas entidades virtuosas de otras eras ya olvidadas, de repente, habían vuelto a hacer sus apariciones por el mundo.

Vinieron a decir que sus ojos habían vuelto a presenciar la majestuosidad de legendarios seres de la naturaleza, de vastos ejércitos del aire jamás contemplados, y hasta hubo quienes aseguraron haber avistado por las costas, la presencia inmemorial de los homínidos de los *erguidos* que habitaban en las profundidades.

Todos ellos de pronto, habían empezado a aparecer por remotas regiones del mundo.

Algunos vinieron a decir que los vieron alzarse por lejanos campos, otros dijeron que los vieron erguirse de entre los montes, levantarse de los lechos de los caminos, y hasta hubo aquellos que dijeron que los vieron elevarse de los lechos mismos de los ríos y de los mares; desde donde al parecer, habían permanecido desde siempre, en espera paciente quizás, de aquel momento.

Y he aquí que, aquellos míticos seres que por mucho tiempo se habían mantenido alejados de los reinos de los *erguidos*, dirigieron ahora sus pasos hacia los caminos que llevaban hacia sus urbes, y mientras avanzaban, iban pregonando con voz en trueno aquello que los nobles corazones ya presentían.

«¡El final de los tiempos, se acerca!»... «¡El final de los días ya está aquí!»

Hubo también quienes sostuvieron que, llegado el gran fatídico día anunciado, presenciaron cómo, éstas entidades míticas elementales, participaron activamente en defensa de los *erguidos*; dijeron que los vieron alzarse contra la “fuerza” redentora del espacio, que combatieron en la gran batalla final que los *erguidos*

promovieron por todo el orbe, en el vano intento por refrenar lo imponderable; las llamas del exterminio.

—¡*Oh, cuanta osadía!* —exclamó para sí el lagomorfo, inspirando el aire con vehemencia.

Según recordaba, nadie prestaba atención a aquello que murmuraban los “testigos” cuando hablaban respecto a las pasadas vidas de los míticos ancestros, en especial a aquello que se refería a los venerables *endhóls*, pues nadie lo creía posible.

La vida de los *endhóls* se remontaba a los primeros tiempos de la vida en el universo, de cuando únicamente era la naturaleza y las “entidades subrepticias” y nadie más, quienes vagaban libres por el vacuo espacio estelar; ellos, junto a los soberanos que gobernaban las nacientes constelaciones, fueron los llamados a gobernar las “fuerzas” que regían los elementos que hacían posible la vida en los primeros mundos.

Según los relatos, en los primeros comienzos de la vida en el universo, estas extraordinarias entidades arcanas, eran los únicos seres de la naturaleza que contenían en sí la capacidad de traslación, la virtud de removerse a voluntad sobre los campos; cuya potestad era pacer la vida extendida por los ignotos rincones que conformaban los mundos, potestad y virtud del cual ya nadie tenía memoria.

Tiempo después, aquellos quienes asomaron sus ojos por vez primera al mundo exterior tras la gran desolación, constataron que estos “testigos” habían dicho la verdad; vinieron a decir consternados que por doquier se avistaban las pétreas figuras de tan entrañables entidades, que también habían sucumbido a la gran “fuerza” redentora, cuyos restos, se podían avistar a lo largo y ancho del mundo, cual gigantescos monumentos calcinados, mudos testigos de la gran devastación.

Para el pequeño lagomorfo, después de haber sobrevivido a las llamas y a cuantos fatídicos hechos se habían suscitado en la vida de la superficie, recordar ahora todos aquellos terribles momentos, le resultaba dolorosamente abrumador e inquietante,

pues pensar en ello planteaba además muchas otras interrogantes que fugazmente cruzaban por su mente.

¿Habrían conseguido los *endhóls* proteger a los *erguidos* de la gran hecatombe?.. De ser así ¿Dónde, donde se encontraban todos ellos ahora?

El pequeño lagomorfo se removió inquieto en su escondrijo, y mascullando una imprecación entornó los ojos; en el fondo de todos sus atribulados pensamientos, esperaba por el bien de todos aquellos que como él había conseguido sobrevivir, a que éstos no lo hubiesen conseguido.

¡No, no, no, esperaba que no!... El solo pensarlo siquiera estremecía todo su sentir, y es que cada vez que evocaba a los *erguidos*, no podía evitar que lacerantes impresiones se removiesen en su interior; terribles remembranzas que aún albergaba en su memoria de todos ellos.

—¡Si hubieron algunos seres de la faz del mundo que merecieron ser exterminados —prorrumpieron con resabia sus pensamientos en ininteligibles sonidos guturales al decir—, sin lugar a duda que fuisteis vosotros!

Furioso, el pequeño lagomorfo volvió a posar la mirada hacia los escarpados promontorios, advirtiendo lo desolado y desierto que se hallaban los reductos a la luz del crepúsculo, y al verlo, contuvo sus emociones.

—¡De seguro que la “fuerza” redentora del universo acabó con todos vosotros! —rumió triunfante al percibir sus ausencias y sus silencios, pues a juzgar por cuantas devastaciones aún se sucedían sobre el orbe, desde allí hasta donde podía alcanzar la vista, deducía que no debieron haber podido sobrevivir a la gran devastación.

Suspiró con complacencia, no obstante, muchas otras interrogantes quedaban aun flotando en el aire, especialmente respecto a los seres míticos y los *endhóls*.

¿Qué razones indujo a los seres “virtuosos” a intervenir en las grandes batallas alzadas contra la “fuerza”? ¿Qué los condujo a realizar tan extraordinarias hazañas en defensa de los *erguidos*?, se preguntó observando la contraída figura del vetusto “dador de vida” en postura orante.

Muchos otros cuestionamientos en relación a los terribles sucesos que acaecieron en aquellos aciagos días, se diluían por los resquicios de la mente del pequeño lagomorfo, pero de nuevo sus pensamientos volvían a redundar sobre la conducta de los *endhóls*.

—¿Por qué..., por qué? —gruñía e inquiría intrigado, al tiempo que, avanzaba sigiloso bajo la alargada sombra que iba dibujando el árbol perenne.

¿Por qué los *endhóls* habían luchado precisamente a favor de los *erguidos*? ¿Por qué a sabiendas que fueron aquellos terribles seres quienes propiciaron el gran desastre?... ¿Por qué?

—De seguro que debieron de haber poseído razones muy poderosas para arriesgar sus propias existencias en realizar tales hazañas —masculló resignado más tarde—. Fuertes razones sin duda —adujo cavilante—. ¿Por qué sino, habrían de ser capaces de confrontarse con la “fuerza” a sabiendas que perecerían en el intento?

Pero al parecer, a pesar de que muchos de ellos habían perecido en la vana contienda final, aquel portento que tenía frente a él, había conseguido sobrevivir, había conseguido proteger parte de aquellos reductos. Jamás lo hubiera creído posible de no estar contemplándolo con sus propios ojos, contemplando con ojos reverenciales la presencia de aquel portento.

El pequeño lagomorfo, aspiró el aire henchido de emoción, allí estaba él, frente a uno de aquellos ancestrales seres de la naturaleza de otras eras, cuya extraordinaria hazaña, a pesar de su devastado aspecto, le inspiraba un gran sobrecogimiento y admiración.

No obstante, para la tranquilidad de sus desbocados pensamientos, todo aquel entramado de estructuras colosales que el *endhól* había podido conservar incólumes entre sus ramajes, también se hallaban desiertas; no, no había rastros de los *erguidos* por ninguna parte, no, a excepción de aquella fatua presencia, quien como él, ahora contemplaba también al árbol perenne con aire reverencial.

La insólita presencia se removió, y cual volutas de viento ascendió retorciéndose en la bruma, y de improviso, desapareció de su vista entre los reductos del *endhól*.

Más tarde, le volvió a ver nuevamente, estaba allí, subido sobre un amplio alfeizar de arcos arbotantes que miraba hacia el horizonte; suspendido como estaba contra la luz del atardecer, su rimbombante figura resultaba casi irrisoria, como sus recuerdos.

No obstante, aquella traslúcida presencia tenía la potestad de reavivar su memoria, su sola imagen traía a él remembranzas de otros tiempos, de cuando el mundo por entero prodigaba su esplendor; de cuando la superficie era fértil y generosa, y todas las “fuerzas” de la naturaleza vivían en comunión y armonía, conectadas entre sí.

—Y así habría permanecido por siempre —se lamentaba ahora la liebre al recordar con amargura que aquellas mismas “fuerzas”, tiempo después, se habían vuelto contra todos ellos—. Así habría permanecido por siempre de no haber sido por la llegada de los *erguidos*—, agregó con desdén y resabía.

Después de todo cuanto habían presenciado sus ojos, de todos sus padecimientos y el padecimiento de sus congéneres, podía decir con toda propiedad y causa, que la aparición de los “*erguidos*” en el mundo, trajo consigo el preludio de la fatalidad.

Resolló airado, podía asegurar sin temor a equivocarse, que sus avasalladoras presencias supusieron para todo ser vivo de la faz del orbe un peligro inminente, pues, fue con ellos que irremediablemente la vía de comunicación con los místicos

ancestros del pasado se interrumpió, fue con la presencia de todos ellos que todo cambió.

Los *erguidos*, solían habitar en esos ruinosos reductos que ahora sus ojos contemplaban azorados, los cuales, aún en aquel nebuloso panorama, se le antojaban majestuosos; tal como prodigaban por aquel entonces, se recordó así mismo elevando nuevamente la “voz”.

—Fueron vuestros arraigados deseos..., deseos de poder y grandeza lo que os condujo a elevaros con prepotencia por encima de vuestros propios congéneres..., por encima de todas las creaciones del orbe —divagaba ahora la liebre, perdida por los sórdidos laberintos de su memoria—. Fueron vuestros viles deseos los que os condujeron a ignorar y desafiar abiertamente el Orden Establecido del universo.

Y no pudiendo contenerse, volvió a rumiar y a exteriorizar en sórdidos gruñidos sus más negros pensamientos.

—Por muchos siglos dominasteis y gobernasteis con rigor los territorios de la superficie, llegasteis a corromper lo sagrado y lo consagrado, a romper la armonía que manteníamos todos los seres vivos de este mundo con nuestros ancestros; a romper la paz hasta con aquellos que habitaban allende los mares, y hasta os impusisteis con aquellos que habitaban en las altas cumbres, así obrasteis, hasta que las propias “fuerzas” redentoras os dijeron ¡BASTA!...

»Pero vosotros continuasteis con vuestros perniciosos actos, os atrevisteis a confrontaros con ellos..., hasta el día en que esas mismas entidades prorrumpieron en nuestras vidas, y en un solo suspiro, redujeron todos los reinos de la superficie a escombros y cenizas... ¡Ay, ay! —suspiró compungido—. Fueron vuestras necedades las que nos arrastraron a todos al castigo del fuego purificador, las que nos condujeron al borde mismo de la extinción.

El pequeño lagomorfo resolló y gimió conmocionado, embargado todo él por sus propias emociones; al parecer, los *erguidos* no habían conseguido sobrevivir, se dijo para sí observando la soledad de su entorno, recordando para su consuelo, que desde aquellos nefastos días, afortunadamente, nada se sabía de todos ellos; no sabía de nadie que se hubiese vuelto a tropezar con uno solo de todos ellos...

Al menos no, hasta esos momentos, se dijo volviendo a observar con inquietud a aquel esperpento apostado allí delante de sus ojos, el cual, para su tranquilidad, no era más que una presencia fatua, no era más que la esencia de lo que una vez llegaron a ponderar aquellos perniciosos seres...

Algo de ellos que al parecer, de alguna manera, había prevalecido a través del tiempo y del espacio; algo fútil y etéreo según podía apreciar, pues ya no portaba aquella gallarda semblanza que antaño caracterizaron sus andares por el orbe.

Los brillantes atavíos del erguido habían perdido su brillo y su color, éstos, ahora ondeaban raídos al aire, cual jirones brumosos preludiando la terrible oscuridad que se aproximaba por el oriente.

Más, por alguna razón que no comprendía, su presencia ahora le inspiraba cierta nostalgia, los recuerdos de reverberantes verdores de otros tiempos se hallaban cargados de reminiscencias de sus vidas, y al cruzarse sus miradas le pareció ver en sus ojos el mismo brillo de desesperanza que anidaba en su alma.

No obstante, algo distinto había ahora en aquel espectro, lucía sombrías luminiscencias en donde escondía su rostro, un limbo de oscuridad que le impedía saber quién observaba a quien, y enfrascados en aquel fuego de macabras miradas, el tiempo pareció detenerse, hasta que, de improvviso, un extraño movimiento se produjo en el aire y casi al instante la presencia abúlica desapareció ante sus ojos.

Por largos momentos el pequeño lagomorfo permaneció contemplando perplejo el vacío que había dejado el ser *ululante* al desaparecer, tras lo cual, se removi6 en s6, e impulsado por una repentina visi6n emergi6 de la profundidad de su escondite; la visi6n de los tiernos brotes que sobresal6an a trav6s de los gruesos estratos a la superficie, ahora, eran m6s fuertes que su instinto de conservaci6n.

Y llevado por la avidez que carcom6a sus entra6as, dando cortos saltos sobre sus lagos tarsos, dirigi6 sus pasos hacia el 6rbor perenne, bajo cuya sombra, se avistaban una diversidad de alimentos; succulentos manjares conformados por tiernos brotes verdes que emerg6an temblorosos entre sus calcinadas ra6ces.

Y hasta pudo advertir la presencia de retorcidas hiedras que circundaban una enorme mole de piedra situada en medio de aquel peque6o y recurrente vergel, al cual, se detuvo a contemplar con cierta curiosidad; 6sta, era la figura de una grotesca entidad recubierta de verduscos l6quenes, hundida en el yermo.

Abstra6do y sin dejar de roer su alimento, se alz6 para observar al ca6do, y al hacerlo, en alg6n rec6ndito de su mente volvi6 a reavivarse en 6l la llama de la memoria.

Sin duda, deb6a de tratarse de una de las muchas entidades arcanas consumida durante la batalla final, se dijo para sus adentros recordando cuanto hab6a o6do hablar en la madriguera; uno de los muchos que se atrevieron a confrontar a la “fuerza”.

Y he aqu6 que, sin que mediaran sus deseos, comenzaron a desfilar ante sus ojos, remotas im6genes de cu6ntos m6ticos seres elementales habitaron en el mundo, sin que llegase a encontrar entre todos ellos, a ninguno que se asemejase a aquella figura p6trea que se alzaba ante sus ojos.

Por la singularidad de las alas del ca6do, podr6a decirse que se trataba de un *c6firo* del aire, pues en cierta medida se asemejaba a

aquellos seres celestiales, que según podía recordar, solían habitar en las cumbres más altas del orbe; aunque, aquella extraña tonalidad verdusca que presentaba la coloración de la piel de su portento, denotaba otros orígenes.

Y a decir verdad, aquella estructura en sí, iba más allá de las proporciones físicas que recordaba ostentaban las divinidades de las alturas; aquello que tenía delante de sí, era pavoroso e impreciso si llegaba a compararse con las imágenes que aún conservaba de todos ellos en su memoria, un remedo de los angelicales portentos...

Éste, poseía largas alas que en su día debieron haber sido membranosas, observó la liebre con detención, cuerpo erguido, cubierto de gruesos pleones, sostenido sobre sendas extremidades que recordaban a las patas de los arácnidos, de hecho poseía múltiples ojos mediales en la frente, los cuales, parecían observarlo todo sin ver.

Lo cual, le llevaba a pensar que podría tratarse de uno de los terribles *merodeadores* que en su día, previo a la gran hecatombe, vinieron también del lejano espacio estelar para atormentar la paz del orbe.

Y por un brevísimo instante, también vino a recordar que en la gran confrontación, no solamente los seres míticos elementales perecieron en la defensa de los “regentores”, sino, también muchos otros seres cósmicos que jamás había llegado a conocer. ¿Pero qué poder maléfico poseían los *erguidos* que eran capaces de influir en la voluntad de los inmortales?, se preguntó airado.

—¡Poder flamígero sin duda! —rugió con gran ímpetu arrollador—. ¡Regentores de las fatalidades!..., es todo cuanto fuisteis!

Lo cierto era que, aquella vetusta mole que tenía delante de sí, era la prueba inequívoca del paso de la “fuerza redentora” por aquellos lares, se recordó así mismo conmocionando su sentir;

aquel desventurado petrificado, era la prueba irrefutable de que ahí afuera, habían “fuerzas” Omnipresentes interactuando con el universo, “fuerzas” a las cuales no se podía, ni se debía de ofender... mucho menos aún... desafiar.

El lagomorfo resolló, dio unos saltos hacia delante, aproximándose aún más hacia la imprecisa figura, y sin dejar de roer su alimento, se dispuso a observarle con más detención; el verle así estático y ausente, le otorgaba cierta tranquilidad que en otros tiempos le habría sido difícil conciliar ante tan perturbadora presencia.

Esta vez, se hallaba seguro de sí mismo, fuese lo que fuese que hubiese sido aquella desdichada entidad, murmuró triunfante para sus adentros, hallándose en aquellas circunstancias, ya no representaba amenaza alguna ni para él ni para nadie.

Y llevado por aquella convicción, dejó que aflorase en él aquello que caracterizaba su naturaleza, la innata curiosidad que llegaba a dominarlo a veces; de modo que, dando pequeños saltos rodeó la mole, y se abstrajo en la contemplación de la desconcertante expresión que ofrecía el caído, dolida expresión que más que atemorizarle, infundía en él el deseo por desvelar su desventura.

Aquel portento verde, presentaba transfiguraciones airadas entre otros gestos que se asemejaban próximos al dolor; terrible expresión que había quedado grabada con suma precisión en su semblante y quien, a pesar de encontrarse inmóvil, ahora al verle, le resultaba fuertemente perturbador e intimidante, posado como estaba, hundida su enorme espada en el yermo, cual báculo de apagados destellos titilando en la penumbra.

Era evidente que los debacles que azotaron al mundo le habían alcanzado por sorpresa en el momento álgido del castigo, observó la liebre tranquilizando su sentir, sin embargo, no podía dejar de

observar con inquietud, la tensión que se advertía en las fibras musculaturas del portento.

Y es que, según podía apreciarse en la postura transida del *céfiro* del aire, éste, al parecer había sido alcanzado por la fatalidad en el instante mismo en que se disponía a remontar su vuelo.

No obstante, al parecer, aún en la conmoción del momento, había alcanzado a conformar un escudo de protección con sus propias alas; un vano intento a su parecer, por refrenar lo inevitable, refrenar el paso de la “fuerza” redentora, cuyo impacto devastador calcinó los montes y petrificó la materia.

Un quedo crepitar se produjo en el aire, y por un instante un fugaz pensamiento cruzó por la mente del pequeño lagomorfo.

—«¡El *céfiro* vive!»

Lentamente, alargó las zarpas para palpar la verduzca superficie de la petrificada figura, y por un instante tuvo la extraña impresión de que, aquellas fibras musculaturas del ángel se habían contraído ante su tacto, que más que petrificado, aquel portento se hallaba en estado latente, pues, era como si aún le fluyesen la sangre por las venas.

—«*Es imposible*» —murmuró para sus adentros.

Pero casi al instante, aquella fugas impresión desapareció de su mente, y se vio nuevamente enfrascado en la tarea de engullir su alimento; olvidando por completo el objeto de su distracción. Así solía ser la naturaleza del lagomorfo, siempre perspicaz y asustadizo, pero también, olvidadizo.

Al cabo, se encontró entretenido en horadar nuevamente el parco suelo aquí y allá, absorto en la búsqueda de su alimento, tan absorto que los constantes estruendos que a cada momento estremecían el ámbito, no vinieron a perturbar su cometido, ni tan siquiera aquello que comenzó a cobrar vida en su brumoso entorno